



Edgardo Civallero

# Los muchos caminos



# **Los muchos caminos**

**Una improvisada cartografía del mundo bibliotecario**

**Edgardo Civallero**



Versiones resumidas de los textos aquí incluidos fueron publicadas, como entradas de una columna trimestral titulada *Los muchos caminos*, en el boletín electrónico "De bibliotecas y bibliotecarios" de ABGRA (Asociación de Bibliotecarios Graduados de la República Argentina) entre junio de 2016 y diciembre de 2017.

© Edgardo Civallero, 2018.

Distribuido como *pre-print* bajo licencia Creative Commons by-nc-nd 4.0

"Bibliotecario". <http://biblio-tecario.blogspot.com.es/>



## Introducción

El intento de cartografiar el mundo de las bibliotecas no puede dar como resultado una serie de fotos fijas, sino una imagen dinámica.

Representar sus contornos y regiones a lo largo de cinco milenios, señalar las rutas y corrientes que han ido atravesándolo y las que se abren hoy, o marcar las *terrae incognitae* que todavía permanecen inexploradas son tareas en constante evolución.

En una columna trimestral titulada *Los muchos caminos*, y como si se tratara de un personal diario de viaje, compartí breves descripciones de algunos itinerarios de ese maravilloso universo bibliotecario. Caminos que merecen ser nombrados, recordados o (re)descubiertos; miradores y sendas que necesitan ser visitados; paisajes profesionales que hay que disfrutar; tierras nuevas en las que hay que abrir trocha...

Y por supuesto, rincones que es preciso evitar, por sus cenagales, sus peligros, o por los cepos que se esconden bajo la hojarasca.

Es momento de empezar a andar.







**[01]**

## **Las trampas de la clasificación**

Los profesionales de la información trabajan cada día en el diseño y selección de sistemas y estándares de clasificación [bibliográfica], aunque pocos los ven como artefactos que plasman elecciones morales y estéticas, las cuales, a su vez, moldean las identidades, aspiraciones y dignidad de las personas.

Geoffrey C. Burker y Susan L. Star. *Sorting things out: classification and its consequences*. Cambridge: MIT Press, 2000.

Una de las trampas más peligrosas dentro de este mundo bibliotecario que habitamos, transitamos y modelamos día a día con nuestros quehaceres son las que se encuentran en nuestro lenguaje. Suelen ser las más difíciles de identificar (y de desterrar), sobre todo cuando las hacemos nuestras y las naturalizamos.

Para los bibliotecarios, los lenguajes documentales son los códigos comunes de la profesión, y son precisamente los que más espinas esconden en su interior. En especial las clasificaciones.

Una clasificación bibliográfica es, *grosso modo*, un esquema empleado para la organización de cualquier tipo de recurso informativo. En la mayor parte de los casos, tales esquemas responden a un modelo taxonómico: tal y como ocurre con las clasificaciones biológicas, sus categorías ("clases") están organizadas de acuerdo a unas estructuras jerárquicas bien definidas. Al ubicar una categoría en un punto determinado de ese andamiaje, esta adquiere un significado concreto y único merced a las relaciones (de jerarquía, de equivalencia, de asociación) que establece con el resto de las categorías que componen el esquema.

Las clasificaciones bibliográficas de uso más extendido en la actualidad (CDU, CDD y LC) utilizan, como base informativa para construir y poblar sus tablas, una serie de fuentes especializadas (p.ej. tesauros químicos, taxonomías zoológicas, clasificaciones geológicas) basadas fundamentalmente en el sistema de conocimiento occidental. Eso hace que, pese a ser presentadas como esquemas con conceptos "comunes" e "internacionales" y notaciones "universales" que pueden ser empleadas en unidades de gestión de información de todo el mundo, incluyan en realidad categorías plagadas de sesgos eurocéntricos y, en muchos casos, ajenas a culturas no europeas.

A esto se suma otro problema íntimamente relacionado con el anterior: las clasificaciones reflejan las opiniones, estereotipos y discriminaciones propias de la época en la que fueron elaboradas. Son un resumen de la cosmovisión dominante en un momento y un lugar determinados. De esta forma, entre las clases de la CDU, la CDD y la LC se encuentran no pocos trazos racistas, xenófobos, colonialistas,

imperialistas, homófobos y sexistas propios de la Europa de finales del siglo XIX y principios del XX.

Al igual que cualquier otra clasificación, las bibliográficas funcionan como casilleros llenos de celdas predeterminadas, en las cuales ir colocando elementos. La elección de qué celdas componen esos casilleros y de los límites que las definen recae, en última instancia, en el diseñador de la clasificación. Éste decide qué clases se incluyen y cuáles se silencian, se evitan, se alteran o se maquillan. En este contexto, las realidades "minoritarias" o "alternativas" (políticas, sexuales, sociales, económicas, etarias, étnicas, lingüísticas, religiosas, etc.) no suelen ser tenidas en cuenta. En muchas ocasiones, para clasificar ciertos conocimientos es preciso adoptar el principio de la "cama de Procrustes": mutilándolos drásticamente (haciendo que pierdan, casi siempre, su significado original) para hacerlos encajar en una clase que no fue pensada para ellos.

Las discusiones propiciadas en las últimas tres décadas por los trabajos de autores como Sanford Berman o Hope Olson han puesto de manifiesto muchas de las limitaciones y distorsiones de los lenguajes documentales en general. Conscientes de ellas, los equipos editoriales de algunas clasificaciones bibliográficas están trabajando en su revisión y actualización: la última edición en castellano de la CDU (AENOR, 2015), por poner un caso reciente, corrige numerosos errores, eliminando términos claramente xenófobos y homófobos o reconstruyendo estructuras absolutamente europeas para darle cabida a otras perspectivas (p.ej. la clase 2 - Religión). La comunidad internacional está haciéndose eco, asimismo, de la necesidad de

abandonar las visiones eurocéntricas: el 82º Congreso General de la IFLA (Columbus, Estados Unidos, agosto de 2016) acogió una serie de conferencias coordinadas por la sección de Clasificación e Indización, sobre encabezamientos de materia indígenas ("Reclaiming subject access to indigenous knowledge"). Por su parte, la revista *Cataloging & Classification Quarterly* abordó el tema de la organización del conocimiento indígena en un reciente número monográfico (53 (5-6), 2015), recogiendo el trabajo de un buen número de investigadores.

## **Bibliografía**

Esteban Navarro, Miguel Ángel (1995). Fundamentos epistemológicos de la clasificación documental. *Scire*, 1 (1), pp. 81-101. [En línea]. <http://www.iberid.eu/ojs/index.php/scire/article/view/1035/1017>

Ranganathan, Shiyali Ramamrita (1989). *Philosophy of Library Classification*. Bangalore: Sarada Ranganathan Endowment for Library Science.

Shupak, Harris (1974). Classification: A definition. *Drexel Library Quarterly*, 10 (4), pp. 4-10.





[02]

## Dos pasos por detrás

Tanta eficiencia en lo insignificante, tanta inoperancia en lo esencial.

Jorge Riechmann. *Peces fuera del agua*. Tegueste (Tenerife): Baile del Sol, 2016.

Sentado en una silla en el patio de su casa, con su bandoneón apoyado en un paño que le cubre el regazo, el músico correntino Eustaquio Miño —hijo del célebre "Toro Buey" Miño— mira con timidez a la cámara. Al igual que su progenitor, don Eustaquio ha sido, es y seguirá siendo un cultor del más tradicional chamamé, ese ritmo musical popular de la región noreste de Argentina que tiene como núcleo la provincia de Corrientes. El hombre hace un repaso cronológico de las grandes figuras chamameceras para un documental (*Chamamé (3). Tradición y presente*. Canal Encuentro, 2014). Comienza por los clásicos y llega a los últimos exponentes: esos que ya no se ciñen a las formas y estilos del chamamé tradicional que supo cultivar Miño padre y que continúa su heredero. Y cierra su discurso, plagado de intervalos silenciosos, diciendo:



Hay un montón de gentes nuevas que... que están haciendo una música como... diría alguno, "de avanzada", viste...

Nosotros [se encoge de hombros]... nos quedamos un poco en el tiempo. Pero por cuidar esto.

Esta breve digresión musical tiene la intención de ilustrar, con un fragmento de cultura popular argentina, una idea que debería ser clave dentro de las modernas disciplinas del libro y la información, y que de momento solo es aplicada por una exigua minoría: la de mantenerse siempre dos pasos por detrás. En la personal cartografía del universo bibliotecario que pretendo esbozar a través de estos textos, el camino que aquí traigo a colación es uno de los menos transitados; podría decirse, incluso, que es evitado. A veces por mero desconocimiento. Otras, no tanto. Aquellos que deciden andar por él deben rastrear atentamente una huella desvaída —como si se tratara de un deshilachado sendero de cabras y pastores— o abrirse paso a machetazos. Literalmente.

En las postrimerías del siglo pasado, el conocimiento y la información se convirtieron en el eje de un nuevo paradigma socio-cultural y tecnológico: la Sociedad de la Información. El mercado y las grandes industrias no dejaron pasar aquella prometedora oportunidad de negocio, y el modelo adoptó en seguida un carácter eminentemente económico, dominado por esquemas de claro signo capitalista. Desde entonces, cada vez son más las facetas del saber sometidas a una fuerte

mercantilización, y gobernadas por las reglas de la oferta y la demanda, de la obsolescencia programada, del consumismo desmedido...

Sobra decir que las bibliotecas son unas de las principales afectadas por estos hechos. Se ha escrito mucho —sobre todo desde una perspectiva crítica, progresista, social y radical, pero no únicamente— acerca de la influencia del capitalismo y el consumismo en la gestión del conocimiento humano en general, y en las bibliotecas e instituciones afines en particular: desde los artículos de John Buschmann y el trabajo de Crawford y Gorman hasta el *Technopoly* de Postman y las conferencias del español Santiago Alba Rico. Los análisis más profundos delatan hasta qué punto las disciplinas del libro y la información se han visto abocadas (¿empujadas?) a una carrera hacia un futuro incierto y a un consumo desmedido de determinados servicios, productos y recursos. En esa competición se han ido descuidando, cuando no ignorando o fomentando su paulatina desaparición, misiones y funciones tradicionales, que en la actualidad parecen haber perdido su anterior importancia.

Lo cierto es que la biblioteca siempre representó, para las distintas sociedades humanas, un puerto seguro en donde echar el ancla, e incluso un faro que permitía orientarse en tiempos convulsos o, por decirlo de algún modo, demasiado "gaseosos". Para lograr esa respetada posición de referencia, ese rol de "tierra firme", la biblioteca se mantuvo dos pasos por detrás de la novedad. Y del ruido. Ello jamás significó que la institución no se actualizase, que no evolucionase de manera más o menos acorde con la sociedad a la que servía, que no creciese y cambiase para responder a las necesidades de sus usuarios. Pero esos cambios eran lentos, se producían por una

razón y siguiendo un método, merecían una reflexión y un análisis crítico previo. Buenas costumbres que, al parecer, la biblioteca ha ido abandonando.

Refugio de nuestros relatos, depósito de memorias y expresiones culturales de una sociedad pequeña o de todo un mundo, guardiana de saberes —estratégicos o no—, la biblioteca no puede darse el lujo de "no hacer pie" en las aguas turbulentas que caracterizan nuestro presente, o de dejarse arrastrar por los muchos cantos de sirenas que suelen surgir entre la niebla. Heredera de una larga cadena profesional que se remonta a los inicios de la escritura, la biblioteca debe mantener una actitud firme y responsable: no en vano entre sus manos descansa el conocimiento, la historia y la identidad de sociedades enteras.

Mientras un ojo bibliotecario mira hacia el futuro, atento a la irrupción de nuevas corrientes, el otro no debe perder de vista la estela que queda detrás (o delante, como señalan acertadamente los Aymara al posicionar el pasado), y de la que forman parte nuestros estantes y nuestras bases de datos. Pues eso, precisamente eso, es lo que hace que una biblioteca sea valiosa para su comunidad: no solo su capacidad para organizar el conocimiento, sino también la de ser un referente sólido en contextos tan complejos, inciertos y volátiles como el actual.

Exploremos, experimentemos, ensayemos. No perdamos de vista las novedades. Pero no dejemos de estar siempre dos pasos por detrás de la primera línea. Como decía don Eustaquio, "por cuidar esto".

## **Bibliografía**

Blanke, Henry (1990/1991). Libraries and the commercialization of information: Towards a critical discourse of librarianship. *Progressive Librarian*, 2, pp. 9-14.

Buschmann, John (1993). Information technology, power structures and the fate of librarianship. *Progressive Librarian*, 6-7, pp. 15-29.

Crawford, Walt; Gorman, Michael (1995). *Future libraries: Dreams, madness, and reality*. [S.l.]: American Library Association. [Cap. 3, "The madness of technolust"].

Leckie, Gloria; Given, Lisa; Buschman, John (2010). *Critical theory for library and information science*. Santa Barbara, CA: Libraries Unlimited.

Postman, Neil (1992). *Technopoly: The Surrender of Culture to Technology*. Nueva York: Vintage Books.

Spencer, J; Millson-Martula, C. (eds.) (2009). *Critical Thinking within the Library Program*. Londres, Nueva York: Routledge.



**[03]**

## **Antecedentes, antecesores**

Si hortum in bibliotheca habes, nihil deerit [trad. aprox. *Si tienes un jardín y una biblioteca, no te faltará de nada*].

Marco Tulio Cicerón. *Epistulae ad Familiares* (libro IX, epístola 4). Escrita a Terencio Varrón el 13 de junio del 46 a.C.

Los caminos que me he propuesto recorrer y describir en estas líneas no aparecieron de la noche a la mañana, frutos de un misterioso acto de creación. Fueron abiertos paso tras paso, huella sobre huella. Algunos son meras trochas que pocos se animan a recorrer; otros, por el contrario, son verdaderos bulevares, de todos conocidos y por todos visitados.

Todos ellos, todos los senderos que atraviesan nuestro mundo bibliotecario, tienen unos antecedentes, una historia: el relato de las aventuras y desventuras de nuestros antecesores, de sus descubrimientos y desengaños, de sus éxitos y sus errores. Si hoy estamos donde estamos, tanto en términos teóricos como prácticos, es por ellos y por los pasos que decidieron dar. O no.

Esas memorias están amontonadas en un pequeño rincón de nuestra geografía profesional. Uno que muy pocos se molestan en conocer a fondo.

No estoy hablando (solo) de la clásica "historia del libro" tan cansinamente enseñada y aprendida en nuestras aulas. Se trata de una historia del "libro" tal y como lo definió el cubano Jorge Aguayo y de Castro: cualquier material que pueda ser soporte del conocimiento. Se trata del relato del devenir de cada uno de esos elementos a lo ancho del mundo, en las distintas sociedades humanas, a lo largo de todos y cada uno de los siglos en los que tales sociedades se dedicaron a escribir. Y se trata de las opciones que fueron conservadas, pero también de las que fueron descartadas. Porque sin las segundas, las primeras probablemente no existirían.

Es la historia de los distintos materiales, formatos y tamaños usados para atrapar los saberes, y de los cientos de tipos de encuadernaciones que permitieron llevarlos de un lado para el otro con mayor facilidad y usarlos sin roturas ni desgastes. La de la búsqueda de tintas y de otros medios que lograran mantener las palabras escritas o impresas mejor aferradas al papel, o al pergamino, o a la madera, sosteniéndose allí un año más, una década más. La de los escribientes e impresores (los japoneses descritos por Munsterberg, los de la Inglaterra medieval de Clanchy, los de la América colonial de Medina...) junto a la de los fabricantes y tratantes de papeles, los diseñadores de fuentes, los fundidores de tipos de imprenta, y los creadores de marcas de agua y logotipos. La de los ilustradores y grabadores, la de los encuadernadores —contada por Brassington, entre tantos otros—, la de los decoradores. También la de los libreros y los coleccionistas, compradores y vendedores de un bien a la vezpreciado y precioso.



Y, por supuesto, es la historia de la biblioteca y de sus guardianes. Una historia que no siempre fue un canto a la libertad, precisamente. Porque la biblioteca fue el depósito de unos conocimientos celosamente custodiados, a los que solo una elite tenía acceso. En cinco milenios de vida, los ejemplos de biblioteca realmente "pública" comenzaron a aparecer hace un par de siglos: lejos de ser la regla, la situación que hoy conocemos es la excepción, históricamente hablando. Y esa es una parte del relato que es preciso conocer, porque, en última instancia, la etapa que viven hoy muchas unidades públicas es auténticamente revolucionaria con respecto a las anteriores.

Se trata de la historia de una institución que estuvo presente en muchos otros sitios además de las tan trilladas Alejandría, Pérgamo o Nínive (por ejemplo en Timbuktu, como mostraron Jeppie y Diagne). Que tuvo muchas formas diferentes y únicas de expresarse, como se desprende de trabajos como los de Baratin y Jacob, Laubier y Rosser, Lerner o Staikos. Que a veces no estuvo encadenada, por cierto, ni fue prisionera de unas elites. Que no siempre tuvo un cuerpo físico: muchas residieron (y residen) en la memoria de juglares y trovadores. Y que no almacenó solo libros. Que echó raíces en un determinado suelo o viajó de aquí para allá a lomos de animales o a las espaldas de muchas personas. Que fue víctima de persecuciones, controles y censuras, que necesitó de permisos y de agradecimientos a los poderosos que daban la venia. Es la historia de prohibiciones, y de los contrabandos que las burlaban. También es la historia —reflejada en numerosos volúmenes, desde Raven a Knuth, pasando por Báez— de quemas, saqueos y robos, de ataques deliberados, y de destrucciones tan totales y con resultados tan abyectos que hoy se las denomina "memoricidios".

Es la historia de las restricciones y barreras que se le impuso al saber, y la de las que impuso la propia biblioteca. A sus lectores, y a aquellos que jamás pudieron serlo. Es la historia de las luchas que lograron que la biblioteca sea lo que es hoy, por muchos retazos del pasado —elitismos, clasismos, machismos, academicismos, racismos— que hayan quedado enquistados en algunas de sus estructuras.

Es una historia de arte y de ideas, de cultura y de investigación, pero también de personas. Sobre todo de personas: anónimas las más, unas pocas con nombres a recordar. Es una historia que, siendo parte intrínseca de las disciplinas del libro y la información —auténtico cimiento de su identidad—, no debería ser dejada únicamente en manos de especialistas de otras áreas del saber. Debería ser una rama importante de nuestra profesión y no una mera curiosidad, o una materia a estudiar y olvidar tras aprobar un examen. Debería apasionar, debería provocar curiosidad y asombro, sencillamente porque es una historia apasionante, curiosa, asombrosa...

Porque de allí venimos. Porque, salvando todas las distancias que haya que salvar, hoy seguimos haciendo mucho de lo que hicieron aquellos antecesores nuestros.

Es, en definitiva, la historia de papeles y cartones, de telas y cueros, de discos y bits. Es nuestra historia, enmarañada, llena de vericuetos y de contradicciones. ¿A qué esperamos para hacerla nuestra? ¿A qué para agregar un eslabón más a la cadena, y una página más al relato?

## **Bibliografía**

Báez, Fernando (2004). *Historia universal de la destrucción de libros*. Barcelona: Destino.

Baratin, Marc; Jacob, Christian (eds.) (1996). *Le pouvoir des bibliothèques. La mémoire des livres en Occident*. París: Albin Michel.

Brassington, W. Salt (1894). *A History of the Art of Bookbinding*. Londres: Stock.

Clanchy, M. T. (2013). *From Memory to Written Record. England 1066-1307*. Oxford: Wiley-Blackwell.

Fischer, Steven Roger (2001 / 2002 / 2003). *A History of Writing / A History of Language / A History of Reading*. Londres: Reaktion Books.

Fishburn, Matthew (ed.) (2008). *Burning Books*. Nueva York: Palgrave Macmillan.

Jeppie, Shamil; Diagne, Souleymane B. (eds.) (2008). *The meanings of Timbuktu*. Ciudad del Cabo: HSRC Press.

Knuth, Rebecca (2006). *Burning Books and Leveling Libraries: Extremist Violence and Cultural Destruction*. Londres: Praeger.

Laubier, Guillaume de; Rosser, Jacques (2003). *Bibliothèques du monde*. París: Éditions de La Martinière.

Lerner, Frederick A. (1998). *The Story of Libraries. From the Invention of Writing to the Computer Age*. Nueva York: Continuum.

Medina, José Toribio (1968). *Historia de la imprenta en los antiguos dominios españoles de América y Oceanía*. Santiago de Chile: Fondo Histórico y Bibliográfico J.T. Medina.

Munsterberg, Hugo (1982). *The Japanese Print. A Historical Guide*. Nueva York: Weatherhill.

Raven, James (ed.) (2004). *Lost Libraries. The Destruction of Great Book Collections since Antiquity*. Nueva York: Palgrave Macmillan.

Staikos, Konstantinos Sp. (2000). *The Great Libraries. From the Antiquity to the Renaissance*. New Castle (DE): Oak Knoll Press.





**[04]**

## **Indígena**

Suele hacerse la observación de que la historia es escrita por los vencedores de batallas y los conquistadores de pueblos. Un corolario implícito —aunque raramente tenido en cuenta— es que son esos vencedores y conquistadores los que recogen, organizan y proveen el acceso a esas historias, y a todos los materiales escritos. A lo largo de la historia moderna, los europeos y sus descendientes han sido los vencedores y conquistadores ... de gran parte del mundo habitado. Como resultado, los bibliotecarios de Occidente han dedicado su tiempo y energías a categorizar, clasificar y hacer accesible el conocimiento escrito producido por esa clase "dominante" de la sociedad occidental.

Gilman, Isaac. From Marginalization to Accessibility: Classification of Indigenous Materials. *Faculty Scholarship (Pacific University Library)*. Paper 6, 2006.

América Latina es el hogar de numerosas sociedades con orígenes y rasgos asaz diversos: grupos humanos que llevan milenios viviendo en ella conviven junto a otros que, en términos relativos, acaban de llegar y la han adoptado como su propia tierra.



Escenario de conquistas, migraciones, batallas, mestizajes y verdaderas campañas de exterminio, el continente terminó convirtiéndose en un crisol de palabras, pieles, creencias y pensamientos. Muchos pueblos conservan todas sus raíces; a otros no les ha quedado ni el recuerdo de haberlas tenido. Y entre ambos extremos se despliega un amplio abanico de posibilidades.

Para aquellas sociedades que tienen un vínculo especial con el lugar que las cobija — por su larga permanencia en él a través de las generaciones— y que poseen unos rasgos culturales distintivos, y para todos sus herederos, se utilizan varias etiquetas, que permiten la (auto)identificación, pero que también funcionan como marcas de "otredad". Entre tales etiquetas, probablemente la más difundida (y, al mismo tiempo, una de las más debatidas y menos comprendidas) sea "indígena".

Ya sea usado por propios para definir y fortalecer su identidad particular, ya por extraños para señalar (e incluso estigmatizar) a grupos que llevan sufriendo presiones, desprecios y olvidos desde hace siglos, "indígena" es un término que ha adquirido alguna visibilidad, especialmente tras las últimas cuatro décadas, un periodo durante el cual numerosos movimientos sociales y políticos han reclamado por los derechos de esos grupos.

En un escenario, el latinoamericano, en donde se combinan pasados llenos de cicatrices, presentes confusos y futuros inciertos, las bibliotecas abren sus puertas dispuestas a proporcionar sus servicios. Incluyendo, en algunos contados casos, los "servicios bibliotecarios para comunidades indígenas".

Este último es un camino profesional —e incluso académico— que, si bien era inexistente hasta hace poco, está siendo explorado, transitado y (lentamente) ampliado

Teóricamente, parecería que habría poco que decir sobre este tipo de trabajo con poblaciones originarias. Una biblioteca —sobre todo una biblioteca pública— tiene que proveer servicios a todos sus usuarios por igual, respetando sus características propias, sus derechos e idiosincrasias. Por simple estadística demográfica, en América Latina es altamente probable que entre tales usuarios se encuentren personas pertenecientes a uno o más grupos indígenas. Por ende, una biblioteca debe servir, naturalmente, a usuarios nativos.

El caso es que pocas veces ha sido así. De ahí que se haya creado una etiqueta especial para este tipo de labor y sus distintos abordajes.

No ha sido así, por un lado, porque son muchos los pueblos aborígenes que no fueron y aún siguen sin ser vistos como parte de las diferentes sociedades nacionales, sino como agregados externos, extraños, ininteligibles, despreciables y dignos de olvido. En Latinoamérica, en concreto, el racismo y la discriminación contra ellos pueden alcanzar virulencias inusitadas.

Por el otro, porque la biblioteca presta unos servicios de acuerdo a sus posibilidades, y dado que esas posibilidades suelen verse limitadas por numerosos factores, las actividades se constriñen para responder a un perfil de usuario "genérico", es decir,

mayoritario. E, indefectiblemente, en ese perfil no suele verse incluida ninguna minoría, del tipo que sea.

Aún más: incluso en sociedades en donde el perfil mayoritario resulte ser el indígena, la biblioteca como institución carga con tantos sesgos históricos —entidad proveniente de Europa, centrada en la escritura, difusora de una determinada cultura y de ciertos autores— que parece verse incapacitada, al menos conceptualmente, para responder a determinadas necesidades.

Una somera revisión de la historia de la biblioteca añade a todo lo dicho que la institución ha estado a menudo —y, en cierta forma, lo sigue estando— al servicio del vencedor y del poderoso. El control de la biblioteca y otros centros de documentación permite ejercer poder sobre la memoria, sobre el discurso y sobre la información. Por lo general, los derrotados son invisibilizados en esos espacios: no tienen más presencia que la que señala su derrota. Sumado a eso, la biblioteca ha sido utilizada como una pesada herramienta de aculturación/colonización (al igual que la escuela), estableciendo qué es "cultura" y qué no lo es; más que dar salida a los requerimientos de sus usuarios "distintos", la biblioteca ha intentado amoldarlos al patrón dominante. Y, en caso de fracasar en su intento, les ha cerrado sus puertas.

De esta forma, lo que en un principio podría parecer un camino profesional y académico sencillo e incluso algo exótico —servicios bibliotecarios para usuarios pertenecientes a sociedades originarias— terminó por revelarse como un sendero complejo y accidentado. Solo el paciente trabajo de numerosos profesionales

(especialmente en Australia, Nueva Zelanda y Canadá, pero también en muchos puntos de América Latina, África e Indochina) ha logrado ir despejando algunas dudas, y ha permitido empezar a analizar y a solucionar problemas, llegar a acuerdos y diseñar proyectos a futuro.

En la actualidad se entiende que para atender a sus usuarios de origen indígena, la biblioteca debe prepararse como lo hace para cualquier otro tipo de visitante con unas características determinadas. Debe estudiar cuáles son las necesidades de esos lectores (siempre en colaboración con la comunidad), debe establecer perfiles de usuario, debe diseñar servicios y actividades de forma conjunta con otros actores socio-culturales locales, debe actuar con respeto y sensibilidad, y debe abrirse a otras posibilidades, a otros patrones de pensamiento y acción, a otras formas de entender el mundo y de transmitir el saber. Y, por sobre todas las cosas, debe dejar de lado los estereotipos, los sesgos, la discriminación, la presión cultural, la invisibilización, la "otredad" y la negación; es decir, debe dejar de ser una herramienta del poderoso y empezar a trabajar para aquel que nunca lo fue.

El diseño de servicios bibliotecarios para usuarios pertenecientes a sociedades originarias se ha convertido hoy en uno más de los muchos caminos de nuestro universo bibliotecario. Pequeño quizás, todavía algo escabroso y, probablemente por eso, una invitación y un desafío para todos aquellos que gusten de cartografiar nuevos terrenos.

## **Bibliografía**

Civallero, Edgardo (2007). *Bibliotecas en comunidades indígenas: Guía de acción y reflexión*. Córdoba (Argentina): Wayrachaki Editora. [En línea]. <http://www.aacademica.org/edgardo.civallero/18.pdf>

Civallero, Edgardo (2007). *Bibliotecas indígenas: Revisión bibliográfica y estado actual de la cuestión a nivel internacional*. Córdoba (Argentina): Wayrachaki Editora. [En línea]. <http://www.aacademica.org/edgardo.civallero/19.pdf>

Civallero, Edgardo (2008). *Bibliotecas indígenas en América Latina: Revisión bibliográfica y estado actual de la cuestión*. Córdoba (Argentina): Wayrachaki Editora. [En línea]. <http://www.aacademica.org/edgardo.civallero/10.pdf>

Civallero, Edgardo (2008). *Bibliotecas indígenas en Oceanía: Revisión bibliográfica y estado actual de la cuestión*. Córdoba (Argentina): Wayrachaki Editora. [En línea]. <http://www.aacademica.org/edgardo.civallero/14.pdf>

Grael Parra, M<sup>a</sup> del Rocío (comp.) (2001). *Encuentro Latinoamericano sobre la Atención Bibliotecaria a las Comunidades Indígenas*. México: UNAM/IFLA.

IFLA/CAAAP (2003). *Acceso a los servicios bibliotecarios y de información en los pueblos indígenas de América Latina*. Lima: IFLA/CAAAP.





[05]

## En movimiento

En una biblioteca móvil ocurren cosas mágicas.

Conozco a todos mis usuarios. Sé sus nombres, lo que les gusta leer, muchas veces sé lo que ocurre en sus vidas. Desde Thomas, de 3 años, que se para en la esquina con su mamá y se niega a moverse hasta que la biblioteca se pierde de vista tras la última esquina, hasta a la Sra. B, una octogenaria que nos espera en la puerta de su casa para que la ayudemos a cruzar la calle, a cargar sus libros y a subir al autobús para que pueda elegir otros. No hay límites de edad en la biblioteca móvil. No hay límites en absoluto — se lo dije, es mágico.

Todd, Gemma [encargada de una biblioteca móvil en los West Midlands, Reino Unido]. *The life of a mobile librarian*. *Picador*, 29 de enero de 2015.

Uno de los caminos profesionales que más curiosidad despiertan en el universo de las disciplinas del libro y la información es el de las bibliotecas en movimiento. Esas unidades nómadas, andariegas, errantes y ambulantes, con tantas formas y



apariciones como denominaciones posibles, que se dedican a sacar los libros de la comodidad de sus estanterías y a llevarlos allí donde sean necesitados. O apreciados, que para el caso es lo mismo.

Semejante interés, pocas veces disimulado, probablemente se deba al puñado de experiencias "exóticas" que se suelen poner como ejemplos ilustrativos a la hora de describir esa parcela del mundo bibliotecario.

Baste recordar las bibliotecas a lomos de camello que recorren los condados kenianos de Mandera, Wajir y Garissa, habitados por pastores nómadas en la frontera con Somalia, o el celeberrimo "biblio-burro" de Luis Soriano, que sigue recorriendo las montañas del departamento colombiano de Magdalena y que inspiró la aparición de muchos otros biblio-animales en América Latina (p.ej. los biblio-burros de Nicaragua). A ellos se unen los biblio-burros de Etiopía y Zimbabwe, el biblio-caballo del indonesio Ridwan Suriri en el corazón de la isla de Java, o los biblio-elefantes de las provincias de Sayaboury y Oudomxay, al norte de Laos.

Las bibliotecas a bordo de canoas o de barcos también han sido muy difundidas, especialmente aquellas que recorren los misteriosos caños y riachos bordeados de floresta de la Orinoquia, la Amazonia o el (probablemente menos exótico pero igualmente verde) delta del Paraná, en América Latina. Aunque las hay iguales en los fiordos noruegos o las islas Célebes, el río Mekong o las marismas de Chalan Beel.

Las que viajan en vehículos motorizados —camiones, autobuses, coches, motos, tractores, tráileres, tranvías— no causan tanto asombro, aunque de vez en cuando surja alguna originalidad que arranque una sonrisa. Es el caso de "Armas de destrucción masiva" del argentino Raúl Lemesoff, el "bibliomotocarro" del italiano Antonio La Cava, o "Tell a Story" del portugués Francisco Antolín. Las hay que se mueven en vehículos sin motor, como aquellas que viajan a bordo de carretas en Colombia, o las numerosísimas biblio-bicicletas, entre las cuales se cuentan las de Antofagasta, en el Norte Grande de Chile.

Pero para que una biblioteca se mueva no hacen falta ruedas y motores, ni bestias de carga o de tiro. Ni siquiera son necesarias grandes colecciones. El objetivo principal de cualquier biblioteca ambulante es hacer llegar los documentos —y un puñado basta, siempre que estén bien elegidos— a sus potenciales usuarios. La idea ha sido puesta en práctica una y otra vez en todo el mundo, con mochilas y maletas de "libros viajeros", paquetes de novelas, revistas y CDs musicales que se mueven de casa en casa y de mano en mano entre vecinos, y un largo y variopinto "etcétera" que tiene como único límite la imaginación del bibliotecario. Y la de sus lectores.

Curiosamente, las experiencias que siguen llamando la atención a nivel internacional son las exóticas, las curiosas, incluso las extravagantes. Y las que ocupan el primer lugar en las estadísticas de biblio-móviles de todo el mundo son aquellas que se basan en vehículos a motor, sobre todo autobuses, y muy especialmente aquellas que replican casi con exactitud el aspecto y el funcionamiento de una biblioteca "fija". De las iniciativas "micro", a pequeña escala, apenas si se habla: los bibliotecarios y

promotores de lectura que recorren barriadas o aldeas con mochilas llenas de libros, o los que arrastran cajas con revistas y manuales de aquí para allá a través de rutas y caminos no aparecen ni en los informes ni en los ejemplos a destacar. Y eso a pesar de que esas propuestas son, con toda probabilidad, las más numerosas (aunque también las más anónimas), las más interesantes y las más valiosas: por un lado, por el nivel de esfuerzo y compromiso personal y profesional que implica desarrollarlas y mantenerlas, y por el otro, porque responden a las necesidades y se adaptan a las particularidades de sectores de población que han sido desatendidos u olvidados (consciente o inconscientemente) por otros servicios bibliotecarios, móviles o no. Son propuestas que implican una investigación de perfiles, un esfuerzo en el diseño y una inversión de tiempo e ilusiones proporcionalmente similares a las de cualquier famoso "biblio-burro" o "biblio-bote". Pero particularmente invisibles.

La invisibilidad no afecta solo a los resultados, sino también a los métodos y a las posibilidades. Si bien existen numerosos lineamientos de trabajo, recomendaciones y manuales para bibliotecas móviles tradicionales (probablemente los más conocidos sean los de IFLA, traducidos a varios idiomas), no hay tantos documentos que asesoren a las bibliotecas —sobre todo a aquellas pequeñas y/o con menos recursos— a mover sus colecciones sin necesidad de un vehículo, o que aconseje formatos y/o procedimientos "alternativos". Tampoco hay un catálogo de buenas prácticas internacionales "micro" que puedan servir de inspiración u orientación. De modo que, en ese sentido, muchos bibliotecarios quedan librados a su suerte, a su astucia, a su creatividad y al apoyo que les brinde su comunidad.

Los libros y todos sus compañeros de cajas y estanterías seguirán en movimiento, ya sea en lujosos biblio-móviles o en pequeñas mochilas. Al fin y al cabo, poner documentos en circulación —el equivalente de mantener viva una colección— es uno de los fines de cualquier biblioteca que se precie de serlo. Mientras tanto, y como ocurre con muchos otros caminos al costado del mundo bibliotecario, los de las pequeñas bibliotecas ambulantes aún esperan ser cartografiados, y que su importancia sea debidamente reconocida.

## **Bibliografía**

Civallero, Edgardo (2017). Rutas acuáticas del saber. *El Quinto Poder*. [En línea]. <http://www.elquintopoder.cl/cultura/rutas-acuaticas-del-saber/>

IFLA (2010). *Mobile Library Guidelines*. La Haya: IFLA. [En línea]. <https://www.ifla.org/files/assets/hq/publications/professional-report/123-es.pdf>

Winter, Jeanette (2010). *Biblioburro: A True Story from Colombia*. Nueva York: Simon & Schuster/Beach Lane Books.

Ruurs, Margriet (2005). *My Librarian is a Camel: How Books Are Brought to Children around the World*. Honesdale: Boyds Mills Press.



**[06]**

## **Los que manejan los sonidos**

Probablemente debido a los orígenes y al recorrido histórico de la institución, la biblioteca estuvo siempre asociada a la palabra escrita en general, y al formato "libro" en particular. Algo que, sobra decirlo, quedó reflejado de forma indeleble en la etimología de su nombre.

La fascinación y el respeto provocados por los signos alfabéticos o silábicos — grabados, pintados, trazados...— han sido una constante entre todas las sociedades humanas. En los libros (asumiesen la forma física que asumiesen) se almacenaron los saberes considerados verdaderos, las leyes y códigos a respetar y seguir, e incluso la mismísima palabra de los dioses.

El valor concedido a esos textos fue inmenso. Ello redundó, lógicamente, en la importancia que adquirieron las bibliotecas como depósitos en los que se almacenaban y organizaban semejantes bienes. Una importancia que por mucho tiempo las convertiría tanto en recintos reservados a unos pocos elegidos como en blancos de los más despiadados ataques.

En la actualidad, la mayoría de los caminos que, como una maraña, atraviesan el universo bibliotecario tratando de explorar todos sus rincones, suelen seguir

conduciendo a lo escrito. Pero tales caminos no son los únicos, mucho menos los más interesantes. Más allá de la palabra impresa o manuscrita se abre un horizonte poblado por otros formatos, soportes, canales y códigos a través de los cuales también se mueve mucha información.

Las bibliotecas y otras instituciones de conservación de la memoria ya no son gestoras de textos, sino de *documentos*, es decir, de todo elemento capaz de almacenar y transmitir conocimiento de cualquier tipo. Dentro de esta amplia categoría entrarían soportes tan "poco convencionales" como las telas pintadas de los Shipibo y los adornos faciales de los Dule, por mencionar un par de ejemplos americanos. El abanico de posibilidades se amplía, y con él la oportunidad de acceder a conocimientos que hasta ahora han caído, indefectiblemente, fuera de la cartografía oficial del saber.

Cabe señalar que los tempranos archivos y bibliotecas contaron con materiales como mapas, ilustraciones o grabados. Pero su número fue insignificante comparado con el de los libros. En la actualidad esa proporción ha cambiado sustancialmente. Ya no se los puede (o no se los debería) etiquetar, como se hacía hasta tiempos relativamente recientes, como "materiales especiales", pretendiendo establecer una diferencia clara entre la colección de documentos textuales y "lo demás". Las categorías usadas para definirlos hoy (documentos sonoros, audiovisuales, tridimensionales, etc.) hacen referencia a su formato y carecen de cualquier tipo de connotación.

Con el aumento de la presencia y la importancia relativa de estos soportes no textuales en las estanterías de las bibliotecas, un puñado de pequeños senderos bibliotecarios

transitados por una minoría fueron ganando peso y visibilidad, y fueron robusteciéndose con el desarrollo de metodologías, teorías y conceptos, generalmente tomados de otras disciplinas y adaptados a las necesidades propias. Las secciones de la biblioteca que se ocupaban de esos materiales (mapotecas, hemerotecas, discotecas...) fueron creciendo, y alguna llegó a independizarse y a adquirir vida propia.

Ese fue el caso de las audiotecas.

Como su nombre indica, una audioteca recupera, organiza y difunde información en formato sonoro. Dicha información puede ir acompañada de otros documentos que complementen, amplíen o aclaren su significado, pero el foco se mantiene en el sonido: ya sea palabra hablada, música, ruidos ambientales, voces animales, o una combinación cualquiera de algunas de ellas.

El sonido fue uno de los primeros medios utilizados por los seres humanos para comunicarse y transmitir sus conocimientos. Miles de años después de que la primera palabra fuese pronunciada por un miembro de nuestra especie, la oralidad sigue siendo la forma más importante de compartir saberes, aún entre la población alfabetizada y urbana. Incluso para aquellas sociedades que poseen enormes acervos escritos es válido afirmar que un buen porcentaje de datos (especialmente esos que hacen a la identidad, la memoria y la historia "micro") se sigue transmitiendo exclusivamente de forma oral.



La importancia que han adquirido las audiotecas viene corroborada por el número de organizaciones que nuclean a los profesionales que trabajan en esta área: desde la correspondiente sección de la IFLA ("Audiovisual and Multimedia", y sus paralelos en asociaciones nacionales como el ALA) hasta asociaciones internacionales (International Association of Sound and Audiovisual Archives | Asociación Internacional de Archivos Sonoros y Audiovisuales) o nacionales (Association for Recorded Sound Collections | Asociación de Colecciones de Sonidos Grabados, Association Française des Archives Orales, Sonores et Audiovisuelles | Asociación Francesa de Archivos Orales, Sonoros y Audiovisuales), pasando por redes y grupos de trabajo regionales o locales.

Como ocurre con muchas otras ramas de las disciplinas del libro y la información, la que se ocupa de los materiales sonoros ha sabido aprovechar la revolución digital, con sus nuevos formatos comprimidos, sus canales de distribución masiva y sus versátiles medios de reproducción. Las nuevas tecnologías pueden ayudar a recuperar y difundir historia oral, a desarrollar proyectos etnomusicológicos, a recuperar lenguas amenazadas y a producir y distribuir cartografías sonoras, en esos entornos libres y abiertos que propugnan las "humanidades digitales".

Entre los muchos ejemplos de audiotecas existentes puede mencionarse el trabajo realizado por la del Institut d'Estudis Occitans dau Lemosin (Instituto de Estudios Occitanos del Lemosín), que recupera la lengua y la cultura occitanas en Francia y las difunde libremente vía web, o la del proyecto Ahotsak (Voces), el archivo oral vasco, que hace lo propio recuperando todas las variantes dialectales del idioma euskera mediante la grabación de testimonios de sus hablantes más ancianos. Otro proyecto

interesante es Immatérielles (Inmateriales), una audioteca/videoteca francesa que permite la consulta de colecciones audiovisuales inéditas. En América Latina pueden destacarse labores similares desarrolladas por la Fonoteca Nacional de México y por la mediateca de la también mexicana Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, entre otros muchos (y muy ricos) ejemplos posibles.

Sea mediante archivos digitales y complejas bases de datos virtuales, sea mediante carretes de cinta magnetofónica y discos de vinilo, las audiotecas rescatan, protegen, organizan y difunden una parte muy importante de nuestra memoria y de nuestro patrimonio intangible: aquella que se codifica mediante voces, sonidos, ruidos o melodías.

Así como en cierto punto del pasado los bibliotecarios entendieron que esa información sonora también era valiosa, quizás en algún momento del futuro haya espacios en los que se recupere la información guardada en ciertos tatuajes, en algunos patrones textiles, o en los juncos entrecruzados de un canasto. En ese sentido, quedan muchos prejuicios y estereotipos que dejar a un lado y muchos senderos por recorrer.

Y otros tantos por abrir.

## **Bibliografía**

Ahotsak. *Archivo oral vasco*. [En línea]. <https://ahotsak.eus/spanish/>

*Association for Recorded Sound Collections*. [En línea]. <http://www.arsc-audio.org/index.php>

*Association française des archives orales sonores et audiovisuelles*. [En línea]. <https://afas.revues.org/1267>

*Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas*. [En línea]. <https://www.gob.mx/cdi/>

*Fonoteca Nacional de México*. [En línea]. <http://www.fonotecanacional.gob.mx/>

IFLA. *Audiovisual and Multimedia Section*. [En línea]. <https://www.ifla.org/about-avms>

*Immaterielles*. [En línea]. <http://immaterielles.org/>

*Institut d'Estudis Occitans dau Lemosin*. [En línea]. <http://ieo-lemosin.org/>

*International Association of Sound and Audiovisual Archives*. [En línea]. <https://www.iasa-web.org/>





**[07]**

## **Escribir senderos, andar escrituras**

Reconocemos los senderos y caminos que arañan la irregular —y singular— geografía de nuestro mundo bibliotecario porque han quedado trazados de alguna forma. Porque han sido narrados y, sobre todo, porque se ha escrito sobre ellos.

Cualquier experiencia que no quede recogida de alguna manera, sobre algún tipo de soporte o a través de algún medio, es susceptible de perderse. La frase anterior no sería más que una manifiesta perogrullada si no fuera porque, aún a sabiendas de las eventuales consecuencias, una buena parte de las actividades humanas (y sus resultados) no se registran en absoluto.

Y dentro de ese porcentaje se incluye una significativa cantidad de experiencias bibliotecarias. Experiencias que pueden reflejar valiosos aprendizajes, errores o problemas, y que pueden incluir dudas, búsquedas, encuentros y desencuentros.

Si al hecho de que los caminos que se recorren en el universo del libro y la información son relativamente escasos —al menos si se consideran todos los que, potencialmente, podrían recorrerse— se suma que las nuevas exploraciones y los descubrimientos, por pequeños que aparenten ser, no quedan relevados en ningún sitio, el panorama resultante es de un vacío desolador.

Y no solo para nosotros, habitantes actuales de estos paisajes y horizontes profesionales. Para aquellos que nos sucederán, no contar con anotaciones o pistas sobre nuestras andanzas implicará, cuanto menos, la idea de que hemos sido una generación (o una serie de generaciones) que pasó el tiempo quizás no cruzada de brazos, pero sí un tanto paralizada, incluso atrincherada, en tal o cual recodo del camino. Y, de tratarse de sucesores proactivos, curiosos o intrigados con las posibilidades que puedan ofrecer las bibliotecas, el carecer de informes o reportes — por básicos que sean— implicará la noción de que deben empezar sus investigaciones, sus proyectos o sus experimentos desde cero.

Se impone así ese sentimiento frustrante de "volver a empezar", a sabiendas de que esas trochas que deben ser abiertas otra vez ya lo habían sido antes y que, de haberlo querido, los predecesores podrían haber dejado cuanto menos algunas indicaciones valiosas: unos meros trazos que sugirieran un mapa, o un puñado de críticas advertencias sobre las barreras y las trampas a encontrar.

Ciertamente la escritura no es una habilidad innata en los seres humanos. Sin embargo, la necesidad de narrar y la capacidad para transmitir saberes sí parecen serlo, sobre todo en el seno de una especie eminentemente social como la nuestra. Escribir no es más que graficar esos saberes de forma ordenada. Para ello basta con recibir unas directrices básicas que permitan estructurar las ideas, los recuerdos, las lecciones adquiridas...

De ahí en más es preciso cultivar la actividad. Practicarla, para ir la mejorando. Abonarla con lecturas. Perder el miedo a equivocarse, y aprender de los (muchos) errores a cometer. Se trataría también de, en la medida de lo posible, reconocer y apreciar el valor de ese proceso. Escribir es volver a contarse una historia, al tiempo que se la contamos a uno o a muchos desconocidos, contemporáneos o futuros; es dirigirse a ellos, hablarles, confiarles uno o varios fragmentos de la memoria y la realidad; es recopilar lo sabido y lo aprendido y transmitirlo, por si algo de todo eso puede serles de utilidad. Y ese proceso (y sus potenciales resultados) es un pequeño desafío que debería procurar cierta satisfacción.

Las clases y cursos de escritura creativa o de producción académica no suelen abundar en el marco de nuestra capacitación profesional. En algunos casos se enseñan rudimentos de esas destrezas dentro de materias terciarias o universitarias relacionadas con la investigación o la elaboración de tesinas y tesis. Tales rudimentos, precisamente por ser lo que son, se limitan a proporcionar unos lineamientos básicos, unos hitos elementales. Por desgracia muchos creen que la escritura se limita a eso cuando, en realidad, solo es una base, un esqueleto.

Escribir debe ser, en principio, la respuesta a un ansia, a una necesidad de decir y de contar (y sí, también de preservar algo o de rescatarlo del olvido); y, si bien debe(ría) atenerse a un determinado método y presentarse de acuerdo a unas normas preestablecidas, no deja de ser, en última instancia, más que una forma de elaborar una narrativa.



Una narrativa que, en la actualidad, puede compartirse a través de innumerables medios —las limitaciones del pasado a la hora de difundir las propias palabras por escrito han quedado allí, en el pasado— y que siempre contará con un par de ojos curiosos para los que lo escrito resultará interesante.

Escribamos, pues, los senderos que estamos recorriendo o que ya hemos recorrido. Para que mañana, o en un futuro más o menos lejano, otros puedan andar nuestra escritura y, apoyándose en ella, sean capaces de prolongar caminos y de ampliar sus horizontes mentales. De eso, en definitiva, se trata el conocimiento: de ir trenzando un hilo con otro, de ir uniendo una ruta con otra, de ir juntando una idea con otra, para ir tejiendo un mapa que nos permita saber por dónde hemos andado y qué territorios quedan aún por transitar.

## **Bibliografía**

Becker, Howard (2011). *Manual de escritura para científicos sociales*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Montolío, Estrella (dir.) (2014). *Manual de escritura académica y profesional*. Barcelona: Ariel, 2 vol.

Navarro, Federico (coord.) (2014). *Manual de escritura para carrera de humanidades*. Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

Tolchinsky, Liliana (coord.) (2014). *La escritura académica*. Barcelona: Octaedro.  
[Cuadernos de docencia universitaria : 29]

## Ilustraciones

01. Túnel de libros. Obra de Matej Kren. Biblioteca Municipal de Praga, República Checa. [En línea]. <http://www.publicdomainpictures.net/pictures/20000/velka/book-tunnel-11296663458OEM.jpg>

02. "Book with Wings". Obra de Anselm Kiefer. Modern Art Museum, Fort Worth, Texas (EE.UU.). [En línea]. <http://www.dallasnews.com/lifestyles/arts/columnists/joy-tipping/20150402-wings2.jpg.ece/BINARY/original/WINGS2.JPG>

03. "The Forgotten Libraries of the Sahara" [Las bibliotecas olvidadas del Sahara, (Mauritania)], por Michael Huniewicz. *The Travel Stories*. [En línea]. <http://chrisblog.live.s3.amazonaws.com/wp-content/uploads/2015/05/mauri7.jpg>

04. Libro elaborado por la comunidad Yanomami (Venezuela). *Correo del Orinoco* (agosto de 2011). [En línea]. <http://www.correodelorinoco.gob.ve/wp-content/uploads/2011/08/Exposici%C3%B3n-ind%C3%ADgena.jpg>

05. The Walking Library. Una joven en Ramsgate (Reino Unido) ofrece libros puerta a puerta durante la primera mitad del siglo XX. Soibelman Syndicate News Agency Archive, Nueva York. [En línea]. <http://bibliotank.cl/post/75288731770/vsw-the-walking-library-from-the-vsw-soibelman>

06. Fanny Cochrane Smith, la última hablante de la *lingua franca* aborígen utilizada en Tasmania hasta inicios del siglo XX, grabada por Horace Watson, de la Royal Society of Tasmania, entre 1899 y 1903. Los cilindros de cera grabados por Watson componen el único testimonio sonoro que recoge un idioma indígena tasmano, y se conservan actualmente en el National Film and Sound Archive de Australia. [En línea]. [http://www.abc.net.au/reslib/201103/r734902\\_5959476.jpg](http://www.abc.net.au/reslib/201103/r734902_5959476.jpg)

07. Cuaderno. [En línea]. [http://www.fastorwrite.com/uploads/3/1/5/0/31500687/jan-kahanek-184676\\_orig.jpg](http://www.fastorwrite.com/uploads/3/1/5/0/31500687/jan-kahanek-184676_orig.jpg)

